

Desde la Torre

Febrero 2025

LA TORRE Y LAS REDES SOCIALES

Cuando miramos alrededor sentimos que la comunicación entre nuestros vecinos se quiebra. Se rompen los puentes entre la esfera pública y privada, entre los vecinos y la *polis*; en términos quizá demasiado modernos, parece que la conciencia de *libertad* se desvanece en lo inmediato. El poder ejecutivo aprovecha nuestro aislamiento para traspasar los límites. Nos preguntamos si los resortes de las democracias cederán a las embestidas. El fuego cruzado de las palabras nos desorienta. No sabemos cómo alcanzar el ritmo de la técnica. Quizá resulte útil detenerse a mirarla. No sabemos dónde estamos. Pero el parloteo acalla angustias, nos retraemos al rincón más íntimo y satisfacemos pulsiones inmediatas, caprichos, deseos inconscientes. El exceso de información resulta indigesto, compulsivo. Fracasa. Hombres del subsuelo. La libertad de expresión se diluye en el libertinaje. A veces parece que no hay un individuo, solo satisfacción, aislamiento, vacío, como mínimo una imagen dislocada. Algunos quieren llamar deseo a la realidad, pero la realidad es mucho más. El mundo satisface nuestro apetito, pero parece que no hay más mundo que nosotros mismos. ¿Hemos olvidado que nuestras libertades se sustentan en un *principio de realidad*? ¿Que sin una comunicación pública nuestra privacidad queda expuesta a la nada? ¿O hemos de aprender un nuevo *principio de realidad*? El principio de realidad exige reposo, conciencia y atención. Nos preguntamos si la Torre del Virrey ha de permanecer en plataformas como X. Los estudios liberales exigen aliento y generosidad, pautas opuestas a la dirección de ciertas plataformas. Ningún filósofo lúcido se opondrá a los avances de la ciencia y la técnica, nuestras pautas son por humanidad. Cuando el traqueteo constante impide escucharnos, lo mejor es alejarse un poco. No hay mayor distanciamiento que salir a la plaza pública a hablar. “En mi casa estábamos tan cerca que no nos oíamos, no podíamos hablar lo bastante bajo para ser oídos (...). Cuando la conversación empezaba a asumir un tono mayor y elevado, empujábamos gradualmente nuestras sillas hasta tocar el muro en esquinas opuestas y entonces, por lo general, no había espacio”.¹

¹ H.D THOREAU, *Walden*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2005, p. 185.